

LECTIO DIVINA

3ER. DOMINGO DE PASCUA, CICLO B (LC 24, 35 - 48)

Juan José Bartolomé, sdb



El encuentro de Jesús Resucitado con sus discípulos tiene dos centros de gravedad. El primero busca superar la incredulidad de los discípulos, resaltando la veracidad del acontecimiento; el aparecido no es ningún fantasma, puede comer y ser palpado, ser visto y oído. El narrador insiste en la incapacidad de los testigos para creer lo que están viendo y entender cuanto oían: si no lo hubieran encontrado en su camino, hubieran creído que estaba muerto. El Señor Resucitado se empeñó para que el mundo creyera en Él.

El segundo fue convencer a los creyentes de que todo lo acontecido era parte del Proyecto Divino. Cristo cumplió las promesas de su Padre Dios y nos salvó a todos. ¿Somos capaces de reconocerlo y de aprovechar su presencia en nuestras vidas?

Crear en la resurrección de Jesús es afirmar que existe un Plan que nos incluye a todos: Lo que Jesús vivió es esperanza para nosotros y prenda segura para nuestra resurrección. **El testigo de Jesús espera lo que cree y cree lo que espera.** Quien valora la presencia de Cristo en su vida, lo encontrará resucitado, y hará que los que están cerca de él también crea y viva con Él, haciendo posible su triunfo a favor de la paz y la justicia para todos.

Seguimiento:

35. *Cuando los dos discípulos regresaron de Emaús y llegaron al sitio donde estaban reunidos los apóstoles, les contaron lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.*
36. *Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: «Paz a ustedes».*
37. *Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma.*
38. *Él les dijo: ‘¿Por qué se alarman?’ ‘¿Por qué surgen dudas en su interior?’.*
39. *“Miren mis manos y mis pies: soy yo en persona. Tóquenme y convénzanse de que un fantasma no tiene carne y huesos, como ven que tengo yo”.*
40. *Dicho esto, les mostró las manos y los pies.*
41. *Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tienen algo que comer?»*
42. *Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado.*
43. *Él lo tomó y comió delante de ellos.*
44. *Y les dijo: «Esto es lo que les decía mientras estaba con ustedes: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos acerca de mí, tenía que cumplirse.»*
45. *Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.*
46. *Y añadió: «Así estaba escrito: “el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día,*
47. *y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén”.*
48. *Ustedes son testigos de esto».*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice:

Lucas cierra su evangelio narrando una larga entrevista de Jesús con sus discípulos, que se desarrolla en Jerusalén (Lc 24,36-49.52-53) y en sus alrededores (Betania: Lc 24,50-51) al acabarse el primer día de la semana (Lc 24,1.29).

Al caer el día, cuando los discípulos estaban reunidos, Jesús se les apareció de improviso y les dio la paz (Lc 24,36; Jn 20,19).

Su presencia les extraña, desencadenando sorpresa e incredulidad: no pueden creer lo que ven; lo creen un fantasma (Lc 24,37.39), aunque ya se había aparecido a Pedro (Lc 24,34) y a los discípulos de Emaús (Lc 24,35).

Jesús se maravilla de su reacción y quiere convencerles de su identidad. Se deja tocar, y como si eso fuera suficiente (Lc 24,39), les pide de comer (Lc 24,41) para llevarlos al reconocimiento (Lc 24,39) y al gozo de su presencia (Lc 24,41).

De nuevo, (Lc 24,17.32-33), los discípulos pasan del sobresalto inicial (Lc 24,37) a la alegría, (Lc 24,41), superando sus dudas (Lc 24,38).

El Resucitado tiene que convencer a sus testigos, venciendo sus resistencias (Mt 28,17; Lc 24,11; Jn 20,25-27): la incredulidad no nace primero en el corazón de los enemigos, sino en quienes tenían que ser sus testigos. La duda fue la primera reacción de los que iban después a proclamar al Resucitado y no la hubieran vencido, si Jesús no se hubiera empeñado en sacarlos de su incredulidad. El Señor se deja tocar y come con ellos.

Lucas subraya cómo los testigos dejaron de creer que Jesús era un fantasma, al estar con Él, porque convivieron estrechamente, como lo habían hecho antes de su muerte. Al principio no creían lo que veían, pero después se convirtieron en testigos dignos de crédito, y fueron capaces de convencer a quienes los escuchaban.

Jesús vino a adoctrinarlos. Hizo un discurso en dos partes, introducidas de forma idéntica (Lc 24,44a.46a); en la primera, quiso descubrirles el sentido profundo de cuanto ya les había dicho estando con ellos (Lc 24,44b-45); y en la segunda, alude a las tareas que les esperaban (Lc 24,46-49). Lo que ya les había dicho mientras vivía con ellos y que tuvo como objetivo reafirmarlos en su misión.

Jesús quiso recordarles que lo sucedido había sido predicho por Él mismo (Lc 9,22; 17,25; 18,31-33) y que vino a dar cumplimiento a lo que ya habían anunciado las Escrituras.

La identificación entre su vida pasada y presente y el proyecto de Dios fue perfecta. Pero lo pudieron captar sólo aquellos a quienes Él se les posibilitó al abrir su corazón, no solo las Escrituras.

La experiencia pascual fue la luz desde la que pudieron entender la predicación de Jesús, lo mismo que la Palabra de Dios. A partir de la Pascua, se abrió para ellos el sentido de lo que se había anunciado en las Escritura y en ella comprendieron la misión que Él vino a cumplir (Lc 24,46): el Señor murió. Resucitó y proclamó la conversión y el perdón a todas las gentes.

Lucas responsabiliza a Cristo Resucitado de los contenidos del evangelio, antes de que mandara a evangelizar a sus apóstoles. Les pidió que la tomaran como una tarea y una orden que tendrían que hacer ya. Instruidos se fueron a predicar a toda creatura (Lc 24,47) la conversión (Lc 24,47; Hch 2,36-38), los hizo ir a Jerusalén, porque ahí deberían empezar a evangelizar (Hch 1,8), siendo testigos de lo que habían visto y oído (Lc 24,48).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

El evangelio del 3er. domingo de Pascua insiste en lo sucedido 'aquel primer día de la semana, en el que Jesús Resucitado se encontró con sus discípulos para ayudarlos a salir de sus dudas, de sus miedos, y convencerlos de que realmente Él estaba vivo'.

Los más allegados a Jesús no podían creer que había resucitado. Fueron testigos de su muerte; lo vieron morir y conocieron dónde lo habían sepultado. Tal vez no estaban suficientemente preparados para aceptar la realidad de una vida que no conocían, que no esperaban, a pesar de haber convivido con el Maestro casi tres años.

- A nosotros también nos cuesta convencernos de que Cristo vive 'hoy'. Hemos seguido durante la semana santa lo que Él vivió: su sufrimiento y su muerte en la cruz; pero al llegar a la resurrección no somos capaces de reconocerlo vivo entre nosotros; **'ése es nuestro pecado'**. Podemos decir de palabra, 'Cristo ha resucitado', pero no le hemos encontrado; entonces, **no estamos muy seguros de este hecho**; podemos repetir con los labios como verdad de fe que Jesús ha resucitado, pero ¿nos sentimos acompañados por Él? Como aquellos discípulos, vivimos sin creer de verdad lo que decimos: **nuestro corazón no le da crédito a lo que profesan nuestros labios.**

Quién sabe vencida la muerte en Cristo Resucitado, no le teme a nada.

- ¿De dónde proceden nuestros miedos y nuestra desesperanza? ¿Cómo explicarnos que no estemos seguros de que existe una vida después de la muerte, si confesamos que Cristo resucitó de entre los muertos? Quizá nos falte valentía para comunicar la fe, coraje para sostenernos en la esperanza ante las adversidades, sencillez para sincerarnos con cuantos comparten nuestro amor a Cristo. Es como para sorprendernos cómo es posible que seamos tantos los que tenemos puesta nuestra ilusión en Cristo, los que presentimos que Él está vivo y tambaleamos en la fe ante nuestras dificultades.

La fe que no se expresa, si no está ya muerta, está en agonía, casi muerta.

- Es posible que nuestra fe esté así. Nos obstinamos en vivirla solo para nosotros mismos, con una privacidad que no difunde vida a nuestro derredor. Si sabemos que **Cristo ha resucitado, no podemos callar**: Querremos decírselo al mundo, empezando, como los primeros discípulos, por nuestros más allegados.

El evangelio recuerda que Jesús se hizo presente a quienes estaban hablando de Él en su comunidad; compartían cuanto habían visto y oído. Hablaban de lo que les sucedió cuando el Resucitado se apareció en medio de ellos, justo cuando estaban convencidos de la experiencia que habían tenido al verlo.

- ¿Aprovechamos las oportunidades que nos da este tiempo pascual para encontrarnos con Cristo? ¿No será que descuidamos nuestra cercanía con aquellos hermanos que lo han encontrado antes que nosotros? Si vivimos nuestra fe de espaldas a la comunidad creyente, no crecerá en nosotros ni podremos proyectarla en nuestros ambientes. **Creer en el Resucitado es posible si alimentamos esta experiencia en y con la comunidad.** La fe de los demás nos fortalece y nos da esperanza. Si queremos defender nuestra fe y crecer en la capacidad para esperar, tenemos que asegurarla como vivencia personal.

Ser creyentes al estilo de Jesús, nos pide vivir nuestra fe en y con la comunidad.

Hoy, más que nunca, la fe está amenazada; los creyentes son menos comprendidos y no se les toma en serio, porque la fe se ve como algo pasado de moda, algo que ya es obsoleto.

- Reencontremos el entusiasmo de la fe y la confianza en nosotros mismos: volvamos a decirnos unos a otros que Cristo vive, que camina a nuestro lado. Compartamos nuestros esfuerzos por ser fieles a Cristo Resucitado. **Celebremos nuestra esperanza en el Señor, como lo hicieron los primeros apóstoles, ese inolvidable primer día de la semana, y Él se nos aparecerá, liberándonos del miedo, como lo hizo con ellos, dándonos su paz.**

Jesús se dejó ver y tocar por los apóstoles; los encontró reunidos, compartiendo su incertidumbre. Quiso apuntalar su fe estando con ellos, compartiendo su comida, ayudándoles a entender lo que habían vivido.

- ¡Cómo desaprovechamos lo que es y puede hacer en nosotros la vivencia comunitaria de nuestra fe! **¡Cuánto perdemos si no convivimos con quienes comparten con nosotros la fe en Jesús!** Si no le escuchamos mientras Él explica a la comunidad lo que no entiende, seguiremos inseguros y llenos de miedo. Nos puede parecer que Jesús no habla con nosotros; pondremos en duda que se interese fortalecernos en la fe. Ese es un gran error. Somos nosotros los que nos alejamos de Él y de los que están en comunicación con Él, de quienes le escuchan y nos parece lógico nuestro comportamiento.

No sentimos cerca a Dios, pero nos alejamos de quienes gozan de su cercanía; no captamos su voz, pero nos distanciamos de los que si la escuchan. Tenemos que aprovechar nuestra realidad para vivir la fe, buscar al Señor con interés en la comunidad, lugar preferido por Él para manifestárenos.

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto



Dios Bueno, no podemos perder tiempo. Haz que convencidos de que tu Hijo, Cristo, nuestro Hermano, vive, busquemos el lugar y a las personas a quienes quieres que les testimoniemos su resurrección. Que nos dispongamos a crecer en la fe.

Si comprendemos lo que ha sucedido, lo que Jesús ha hecho por nosotros, seremos testigos de 'su Resurrección'. Concédenos, que sepamos responderle, no solo de palabra, sino con los hechos.

Al revivir nuestra esperanza, dediquemos nuestra persona, lo que somos y hacemos, sobre todo en este tiempo, en el que pareciera que Él importa cada vez menos.

Espíritu de Dios, ayúdanos a vencer nuestra incredulidad; que nos impulse la convivencia con Cristo, nuestro Hermano y que a pesar de los obstáculos que tenemos por la pandemia, tratemos de compartir nuestra vida con Él, siendo 'testigos de su triunfo'.

Que con María y como Ella, hagamos comunidad, y desde ella, ayudemos a todos los que tenemos cerca a crecer en la fe que nos hermana.

¡Amén!